

# Capítulo 6 - Luces Pálidas

- Capítulo 6 - Luces Pálidas

# Capítulo 6 - Luces Pálidas

Los dientes se rompieron de manera bastante satisfactoria bajo su bota, el espíritu mantico gimoteando mientras huía. Angharad añadió un gesto dramático a su movimiento, atravesando al espectro por detrás y clavándolo en la cubierta antes de poner una bota llena de colmillos sobre su cabeza y desprender su sable con un ruido cortante. Se quitó la baba de la hoja, con la mirada recorriendo la cubierta inferior en busca de enemigos. Su compañera de armas hizo lo mismo desde su izquierda, su espada también teñida de sangre negra.

“Ya pasamos lo peor”, decidió Cozme Aflor. “Los calados están cerrados.”

Cómo los saqueadores lograron abrir los agujeros de los cañones en primer lugar era un misterio, aunque no era su deber descifrarlo. Se conformó con alegrarse de que los manticos ya no rastearan por allí como una marea de plagas. Aunque la lucha aún era dura arriba, donde el Santo había huido, parecía que la cubierta inferior casi había sido despejada por completo. Los últimos rezagados del armazón habían barricado la puerta y ahora los mismos capuchones negros que habían atacado la cubierta para cerrar los calados se estaban agrupando alrededor del agujero en el suelo, listos para disparar con sus mosquetes.

No sería suficiente para eliminar a la cantidad que se había congregado allí abajo, pero sí para reducirla.

“Y con pocos muertos”, dijo Angharad. “Debo admitir que subestimé a los vigilantes”.

Incluso tripulaciones experimentadas de Malani habrían entrado en pánico ante la cantidad de espíritus que habían trepado a la nave, pero los hombres y mujeres de la Guardia respondieron con calma y disciplina. Se organizaron en escuadrones, se apoyaron en una pared y avanzaron con pólvora y acero.

“No estás tan mal tú, Tredegar”, sonrió el anciano.

Con su barba salpicada de canas y su sonrisa descarada, el soldado ceretano podía hacer palpitar los corazones de otras mujeres, pero aquí claramente se estaba equivocando de camino. Era un leal sirviente y hábil en el arte de la guerra, por lo que Angharad se abstuvo de poner los ojos en blanco. Había demostrado ser un buen hombre al defender a los demás, y eso le valió consideración.

“Mis habilidades no se han oxidado”, respondió simplemente. “Y las tuyas merecen elogios: no dejamos pasar ni uno solo”.

Lo que había detrás de esa declaración quedó claro con su mirada hacia atrás, hacia donde se había convertido el arsenal de la nave en la sala de un cortador. La cirujana del Bluebell—esperaba que no fuera una doctora leirgueña, pues esas eran conocidas por ser más mortales que la

peste—estaba atendiendo a los heridos, cuya puerta solo era protegida por un par de capuchones oscuros. No eran necesarios más, dado el ejército de pasajeros que se había congregado para colaborar en la tarea. En total, cerca de una docena, protegían no solo a los heridos sino también a los cobardes: solo Lady Ferranda, entre los infanzones, permaneció fuera del taller de la cirujana para luchar.

A Lady Isabel se le perdonaba, dado que no era una combatiente entrenada y, además, podía servir como asistente de la cirujana, pero los hermanos Cerdan se habían avergonzado al esconderse. Por las miradas de desprecio que recibían de sus compañeros de nave, su reputación no había sido favorecida. No hay nobles de verdad en Sacramonte, se recordó Angharad, intentando moderar su propio desprecio. Los días del Segundo Imperio ya eran historia y solo quedaba el polvo de la grandeza. Además, no permitiría que su interés creciente en Lady Isabel empañara injustamente su opinión sobre aquellos que la pretendían.

Ya no era una joven, para pensar que toda rival debía ser una borracha o un demonio.

“Buen trabajo en general,” coincidió afablemente Cozme. “Ahora solo nos queda asentarnos y esperar a que la Guardia despeje la cubierta superior.”

Los gritos en lo alto interrumpieron la frase, seguidos por el estampido de mosquetes. La pelea allí había estallado antes de que el primer mantícora pisara la bodega y, por el sonido, aún no había cesado. Angharad se detuvo ante las palabras del hombre, ponderando la importancia del honor. Era huésped y, por ello, merecía protección por parte de sus anfitriones, lo cual no significaba que tuviera que luchar en nombre de la Guardia. Sin embargo, también les debía una deuda personal por cómo la habían defendido en los muelles cuando la Guardia vino a llevársela, y sería la máxima ingratitud detener su mano cuando podía devolverles el favor.

Las palabras precisas son una espada, le había dicho una vez su padre, así que cuando las empuñas debes aferrarte firmemente al espíritu del honor, no sea que se te escape. Nunca le habían gustado las enseñanzas de su padre, pues trataban de asuntos de hombres: tierras, intrigas, disputas por los límites de las propiedades y derechos de beber ganado, pero él había sido sabio a su manera. Más suave que su madre, nacida dura y afilada por una vida en el mar, pero en cuestiones de honor ella pensaba que era el más sabio. Vesper sería un lugar más justo si más actuaran como él, y Angharad no perjudicaría la memoria de su padre traicionando sus enseñanzas ahora.

“Si hay pelea, mi espada no vacilará,” dijo, en posición, enmarcando sus hombros. “Ha sido un placer, señor Aflor.”

El rostro del hombre mayor no delató nada de sus pensamientos mientras asentía cortésmente. No se ofreció a acompañarla, ni ella esperaba que lo hiciera. Le habría parecido inapropiado, pues su vida no era propia para arriesgarse: había llegado aquí como retén de los hermanos Cerdan, dispuesto a poner su carne entre el peligro y ellos. Sin más preámbulos, Angharad apretó la mano sobre su espada y se dirigió a las escaleras. Ya había media escuadra de capuchas negras allí, con la benefactora de la nobleza — Celipa, la marina con un brazo — al frente. El veterano oficial estaba en conversaciones con un joven rubio y ella escuchó el final sin quererlo.

“—te aprecio mucho, pero esa cosa te despedazaría,” dijo Celipa. “Será mejor que te mantengas fuera de camino. El capitán hará su movimiento pronto.”

“No soy completamente indefensa, tía,” respondió el joven. “Además, la ayuda está en gran necesidad.”

“No te hagas el Dios por contrato, muchacho,” replicó Celipa. “Eso solo te convierte en carne con un truco sofisticado.”

“Entonces déjame ir con él,” cortó Angharad al acercarse. “Le aseguro, mi señora, que no soy tan indefensa.”

La mujer veterana la miró con ojos penetrantes.

“Ya te dije que no soy una puta señora, muchacha,” gruñó Celipa, luego suspiró. “Pero reconozco esa mirada obstinada en tu rostro. Malditos Tredegar.”

Susurró algo sobre pólvora negra y clavijas, en un murmullo, antes de mirarles con poca convicción y subir tambaleándose las escaleras. Angharad disimuló una sonrisa, recordando a los viejos perros marinos que a su madre le gustaba tener cerca. Por ruidoso que fuera su ladrido, nunca fueron tan sombríos como se esforzaban en aparentar. Volviéndose hacia el hombre, lo inspeccionó en busca de un arma — un hacha corta, con manchas de ictios en un modo que delataba su uso — incluso mientras le ofrecía la mano.

“Lady Angharad Tredegar,” se presentó ella misma.

Era necesario realizar las presentaciones si iban a luchar lado a lado.

“Brun de Sacromonte,” respondió el hombre, estrechando la mano.

Tenía un aspecto común, pensó Angharad, pero había una firmeza en su porte que resultaba tranquilizadora. Su agarre era fuerte, signo de buen carácter.

“Apúrense, ustedes dos,” ordenó Celipa.

Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa, reacción que ella respondió plenamente, y entonces pasaron junto a los demás vigías para unirse a Celipa y a otra persona que estaban arrodillados cerca de la cima de la escaleras. Sin embargo, no era un manto negro lo que esperaba allí, sino un largo mosquete descansando a lo largo del suelo, y un misterioso desconocido que había abordado a Angharad antes mantenía sus ojos plateados fijos en el jaleo de arriba. Desde su posición, Angharad apenas podía ver más que el cielo oscuro y las luces parpadeantes de los faroles, pero la mujer, Song, estaba situada para verlo todo.

“Ha recibido otros dos disparos y lo que el capitán esté haciendo en el mar parece estar funcionando,” anunció Song sin apartar la vista. “Pronto volverá a subir al mástil, así que debemos salir en cuanto dé la señal.”

“Lo mejor sería que los dos la escuchen,” retomó Celipa, dirigiéndose a ellos. “Eso salvará muchas vidas.”

“¿Entonces tú también te incorporarás a la lucha?” preguntó Angharad, mirando más allá de ella.

Song asintió.

“Debemos acabar con la Santa lo antes posible,” afirmó. “Mientras más tiempo esté en pie, mayor será la probabilidad de que rasgue las velas.”

Aunque era hija de un famoso explorador, Angharad admitía que sabía vergonzosamente poco sobre la navegación, pero lo suficiente para predecir lo que podría sucederle a un navío sin velas.

“Prepárense,” susurró Song.

Angharad tensó los músculos, las piernas enroscadas.

“Ahora.”

Los tres corrieron hacia la cubierta, justo en el territorio del primo maldito del Infierno. Un grupo de veinte oscuros enequiblos se había atrincherado en la proa del Bluebell, con sus mosquetes apuntando y cortando todo a su paso, pero el resto de la cubierta era un caos sangriento. Hilos de una especie de materia oleosa y brillante cruzaban toda la superficie, algunos colgando de los mástiles, mientras los mantílicos se lanzaban con furia ciega contra un escuadrón de enequiblos. Seguramente habían sido expulsados del castillo de popa, que había sido destruido, y ahora los cadáveres de saqueadores y marineros yacían esparcidos de manera desordenada en la cubierta. Nubes de polvo de pólvora se levantaban con intensidad, mientras los garras y las espadas chocaban casi a ciegas bajo la tenue luz de los faroles, entre espíritus y hombres que luchaban con furia sin igual.

“¡SANTA, AL MASTIL!”

Angharad no vio rastro del espíritu furioso del que advertían o, en realidad, de casi nada más. Era como entrar en una colmena enfadada.

“No caminen sobre las redes,” gritó Song en medio del estruendo. “Eso los atrae.”

“¡Hacia la proa!” respondió Angharad. “Desde allí podremos planear nuestra estrategia.”

“Yo iré delante,” ofreció Brun con valentía.

La noblewoman titiritó ante aquella audaz propuesta —no se podía prever lo que habría al otro lado del humo de la pólvora— y, antes de que pudiera responder, el hombre ya se movía. Solo les quedaba seguirlo, apurándose tanto como podían sin pisar las redes. Se escucharon gruñidos desde un costado de la nave; un par de mantílicos saltaron por encima de la barandilla. La hacha de Brun abrió la cabeza de uno antes de que pudiera alzar sus garras, y la culata del mosquete de Song hizo caer a otro al suelo, en el costado del cuerpo. La Tianxi alcanzó la espada en su cadera,

pero Angharad se movió más rápido, clavando su arma en la cabeza de aquel espíritu atontado y dándole fin.

“Debemos seguir adelante,” dijo Song, pero no sin antes ofrecer una inclinación de agradecimiento.

Habían llamado la atención de los carreteros en la proa, lo suficiente como para que, al salir de una densa nube de polvo, les lanzaran unas cuantas balas para despejarles el camino. Angharad maldijo mientras garras rasgaban la parte trasera de sus botas y arañaban su talón, pateando el rostro del espíritu hasta que sus ojos saltaron húmedos. Incluso una pareja de negros con capas negras vino en su dirección, con las espadas en mano, un hombre menudo que ella recordaba haber visto en la bodega acompañándolos, y los tres despejaron el camino a través de un grupo de manticas que se movían con furia para unirse a ellos.

“¡No!” gritó Song de repente. “Galatas, tu—”

Hubo un chillido sobrehumano desde arriba, y los ojos de Angharad se dirigieron hacia el hombre menudo, viendo demasiado tarde lo que Song había notado: el borde de su pie izquierdo tocaba una membrana. Medio centenar de manticas giraron en su dirección en ese momento, aunque fue la figura rápida como un látigo que cayó en la cubierta la que hizo que Angharad contuviera el aliento. No había tenido una buena vista del Santo antes, cuando huyó hacia arriba, pero ahora contemplaba el horror completo a la tenue luz de la linterna. Un cuerpo de niña con nueve patas delgadas que surgían como espinas, el torso una pesadilla de carne fusionada y una cabeza que alguna vez fue humana, ahora marcada por grandes ojos húmedos. Las costillas sobresalían de su carne, con membranas que brotaban de ellas, y casi vomita al ver aquella escena.

Había una razón por la que los divinos del Dios Durmiente enseñaban que espíritus y hombres nunca deberían compartir una misma carne.

“¡Corre!” siseó Song.

Se escucharon disparos, pero demasiado lentamente. Antes de que el polvo explotara, el Santo ya había atravesado a uno de los negros con su impalo y arrojado al otro como un saco de rábanos, el tonto que tocó la membrana tropezando al intentar retroceder con rapidez. Dos disparos de mosquete atravesaron el torso del Santo, dejando heridas sangrantes, pero ella simplemente se sacudió al negro que había atravesado con el impalo y cortó casualmente el hombro del otro.

Una voz del proa anunció: “Munición de sal.”

La sal empapada en la luz del sol, sabía Angharad, era tan venenosa para la mayoría de los espíritus. Pero el espíritu ya se movía, listo para escabullirse entre la niebla y la oscuridad, preparándose para arrebatarse más vidas, así que tomó una decisión. El honor tenía sus exigencias. Agarró el hombro de Song antes de que la otra pudiera huir.

“Lleva a los heridos al castillo de proa,” ordenó. “Que Brun ayude.”

“¿Qué estás—”

Angharad no miró atrás, avanzando con la espada en mano. El Santo parecía dispuesto a acabar con el negro herido en el estómago, así que la Pereduri dio pasos firmes sobre la cuerda de membrana que ella misma había traído. El Santo se detuvo, girando rápidamente el cuello para mirar atrás, y Angharad sintió cómo le caía el peso en el estómago. La muerte, ella había buscado la muerte, y ahora venía sobre patas ensangrentadas para llevársela. Su cuerpo se movió como por instinto, rectificando la postura mientras la hoja plana de su espada tocaba suavemente su hombro izquierdo en un saludo de duelista. Vislumbró—

(Las patas desgarraron su vientre, abriéndola por completo)

-Y dio un paso ágil hacia la derecha, pivotando incluso mientras el espíritu chillaba y se arrojaba sobre su espalda. La carne coriácea se partió bajo la acero de los Pereduri, salpicando icor incluso mientras el Santo lanzaba un ataque ciego. La pierna izquierda, pensó Angharad, captando la sacudida con anticipación. Un paso atrás, inclinándose lejos, y la punta puntiaguda pasó a menos de medio pulgada de su barbilla. Ella impulsó su peso hacia adelante, empujando con la pierna trasera y atacando con toda su fuerza. La espada atravesó la pierna que había sido su objetivo, una de las cuatro en las que el Santo se encontraba, y el espíritu enfurecido se tambaleó hacia atrás. Una visión—

Por encima del hombro, las puntas de las patas atravesando los ojos de Angharad.

—Y se deslizó bajo el Santo, mientras las patas delanteras se retorcían sobre los hombros del espíritu, clavándose en la cubierta donde acababa de estar. Al caer en cuclillas, dejó un corte superficial en el pecho del espíritu al levantarse. Desde el rincón de su ojo, captó el estremecimiento justo antes de que el Santo se moviera, pivotando para barrer desde la derecha con tres patas. Angharad simplemente salió del arco de swing, el viento azotando su rostro, y sintió que el temor escurría de su pulso, latido tras latido. Ocho patas quedaron, el Santo avanzando implacablemente hacia ella, pero no había nada que temer. Ella estaba en casa, participando en la reprensión en la arena de combate.

Era un espíritu desenfrenado que acudía desde todos los ángulos en lugar de lanzar piedras, pero era igual. Vigilar, escuchar y mover. Ser como la ola, tranquila pero inexorable. Un disparo rozó el hombro del Santo y el espíritu pivoteó, pero Angharad chasqueó la lengua y empujó superficialmente hacia un costado del ser. Para causar dolor, para llamar su atención.

—Fíjate en mí —replicó, y el espíritu volvió con un chillido enroscado.

Un vistazo le indicó que un manteo la sorprendería por la espalda, pero también qué sucedería después. Angharad se movió a un lado de una pata perforadora, pivotando y cortando a la espalda del Santo, incluso mientras la cabeza del carroñero que acudía a ella estallaba en gore: los capuchas negras del castillo defendían su espalda. El Santo se inclinó hacia atrás, forcejeando locamente hacia adelante con media docena de patas, pero la Pereduri se desplazó a la izquierda y se agachó bajo un golpe lateral que podría haber destrozado su caja torácica. No era solo un aiming pobre, pensó Angharad al ver cómo el espíritu luchaba por girar mientras ella cortaba sus patas traseras, sino que no apuntaba en absoluto. Como las piedras colgando de sogas con las que había entrenado en casa, la trayectoria de los golpes del Santo no cambiaba una vez comenzaban.

Es más rápida que sus propios sentidos pueden seguir.

Eso la hacía predecible, pensó Angharad con una sonrisa feroz, y sabría cómo castigar la previsibilidad.

Izquierda, de manera cegadora y rápida, la punta rasgando la madera mientras ella daba un paso atrás. Derecha, como le había indicado el estremecimiento, pero un espíritu que ni siquiera podía controlar su propia fuerza apenas podía controlar la distancia; la Pereduri se lanzó hacia adelante, dejando que el swing del Santo ofreciera dos patas que surgían claramente de su pecho. Con un esfuerzo y un gruñido, cortó ambas en la base, y el espíritu lanzó un grito ensordecedor. Se volvió loca, con patas golpeando al frente, pero Angharad ya había deslizado hacia la izquierda. Los disparos de mosquete iluminaron la noche, abriendo agujeros humeantes en la espalda del Santo, y el espíritu estremeció de dolor. Disparos de sal, pensó Angharad.

El Santo se volvió hacia el castillo, con las patas convulsionando, y saltó. Solo estaba allí el hombre demacrado de antes, empujando a los vigilantes a un lado mientras trazaba algo en el aire y la oscuridad que ondeaba de la Gloam se convertía en un símbolo que, solo de mirarlo, le producía náuseas a Angharad. En el punto más alto de su salto, el Santo atravesó un aire delgado como si fuera una pared sólida y emitió un grito de sorpresa mientras caía de espaldas en un torpe desplome.

—¡TERMÍNALO! —rugió un capucho negro.

Los disparos de mosquete estallaron y Angharad lanzóse hacia el Santo caído, con su cuchilla negra levantada en alto. Otros llegaron también, vigilantes con picas y espadas, así como Brun y un elegante hombre de Aztlán que portaba una lanza. Cortaron las patas del espíritu mientras ella se retorció de dolor bajo la lluvia de disparos que caían desde arriba, y Angharad solo se unió a la refriega con reticencia. Aunque sabía que esto no era un duelo de honor real, la disparidad en el número de combatientes hacía que la escena pareciera de poca dignidad. Empujó hacia la espalda del espíritu, esquivando un golpe que se agitaba, y al hacerlo, notó que una telaraña se extendía en gruesas corrientes sobre la cubierta.

Frunciendo el ceño, Angharad dio otro paso atrás y se dio cuenta de que los rastros aceitosos se estaban conectando con los anteriores, extendiéndose de alguna manera, y que las mantics estaban congregándose en la telaraña.

—Algo anda mal —exclamó la dama noble—, el Santo está—

Sus palabras fueron ensordecidas por el estampido de los fusiles, pero incluso ese estruendo fue desplazado cuando los retorcijones de muerte del Santo estallaron en un grito desgarrador que parecía atravesar el cielo. Ella reculó del sonido, con los oídos zumbando, y observó horrorizada cómo las heridas del Santo empezaban a cerrarse y nuevas piernas brotaban de los muñones. Por toda la nave, las mantics se estaban fundiendo en la red, la carne se disolviendo. El Santo se levantó, aplastando un par de capuchas negras con un golpe casual mientras Angharad pateaba a un saqueador que se le había acercado por la espalda, pero el delgado hombre de antes había vuelto. Con los pómulos enrojecidos, dibujó la misma horrenda señal entre el espíritu y las capuchas negras, solo que esta vez, cuando el Santo golpeó, se oyó un crujido.

Un grito, luego la señal se fragmentó y Angharad vio cómo el antebrazo del hombre se convertía en pulpa ennegrecida.

—¡No! —gritó el Pereduri, viendo cómo su victoria se convertía en cenizas.

Ella vislumbró—

(Barriendo con sus piernas)

—y saltó por encima de un látigo, justo a tiempo para que el filo de un golpe le rozara el hombro y la hiciera caer de espaldas en un giro estrepitoso. También vio venir ese ataque, demasiado rápido para que un vistazo ayudara, las dos piernas bajando para clavar su vientre en la cubierta. Solo entonces, un disparo de fusil, y la punta de una pierna explotó al tocar el suelo, la muñón golpeando la otra y desplazándola justo al costado de las costillas de Angharad. Esta fue atravesada por su abrigo recién reparado, pero el Pereduri divisó bajo ojos plateados una sonrisa satisfecha antes de apurarse a liberarse. La canción le había salvado la vida, de alguna forma, logrando ese disparo absurdo.

La noblewoman juró que no desperdiciaría la oportunidad que se le había brindado, apretando los dientes para lanzarse de nuevo al combate cuando, de repente, una puerta se abrió de golpe. La habitación bajo la cabina de proa, que Angharad había visto, permanecía cerrada y asegurada todo ese tiempo. La recámara del capitán. Ahora, estaba completamente abierta y un hombre corpulento, de piel oscura y con un manto de la Guardia, avanzaba con paso firme, seguido por hebras de Gloam como cachorros ansiosos. El Santo atacó al capitán, pero encontró la misma señal que había enfrentado en dos ocasiones, aguardando. Solo que esta vez, la pierna del espíritu fue pulverizada al tocar el aire vacío, y el capitán comenzó a rodear al Santo con calma mientras trazaba el mismo símbolo de nuevo.

Una, dos, tres veces, el Santo se deshacía en un enfrentamiento aparentemente infructuoso hasta que quedó atrapada en una caja de cuatro lados.

—Granadas —ordenó el capitán.

Angharad observó cómo medio centenar de guardias en la cabina de proa sacaban, encendían y arrojaban las esferas de metal Tianxi sobre la tapa de la caja invisible que el capitán—seguramente un miembro de la Guild of Navigators—había formado. Unos segundos después, antes de que el Santo intentara escalar, se oyó un trueno cegador y un chorro de tuétano salpicó los cristales transparentes de la nada. El capitán gordo frunció el ceño, luego escupió al lado al dispersarse el humo, revelando solo restos de carne que se agitaban.

—Sáquense el líquido y enciérrenlos —ordenó—. La Sociedad Peiling sigue ofreciendo esa recompensa por santos incompletos.

Angharad tragó saliva. ¿Incompleto? ¿Ese espíritu había sido incompleto? El Dios Dormido, liquidar Santos ni siquiera era considerado la misión más peligrosa de la Guardia. Las capuchas negras se dispersaron en orden, formando un escuadrón que atendía a los restos del espíritu roto, y mientras la noblewoman inspeccionaba la cubierta en busca de peligros, vio que la lucha había terminado.

Lo que las manticas que no habían sido devoradas por el Santo huían desesperadamente, desapareciendo rápidamente en las aguas oscuras. La mayoría de los guardianes no intentó atacarlas, y ninguno con fusil.—Están ahorrando pólvora —pensó Angharad—. Y así, sin un solo grito de victoria, la batalla había llegado a su fin.

La mayoría de los espectadores parecían atónitos ante la rapidez del final, aunque eso no impidió que algunos de los jóvenes marineros se agolparan a su alrededor. La noble de piel oscura parpadeó, sorprendida por el entusiasmo en sus voces. Parecía haber impresionado por su duelo con el Santo.

“Es como nada que haya visto antes,” dijo un niño que no tendría más de catorce años. “¡Sería una locura que no quisieran que formaras parte de los Skiritai!”

Angharad tenía apenas un conocimiento superficial de los Círculos, las siete sociedades dentro de la Guardia donde solo los guardianes más selectos eran admitidos, pero conocía la Guilda Skiritai. ‘Militantes’, así los llamaban, o incluso de forma más directa, ‘Espadas’. Eran los mejores guerreros de la Guardia, lo que hacía que las palabras del niño fueran un cumplido de gran peso.

“Recibí una buena formación, pero poco puedo decir sobre los horrores de la Noche Antigua,” replicó Angharad con modestia.

“Debes tener un contrato verdaderamente impresionante,” comentó una mujer de cabello rubio y aspecto juvenil. “¡Fue como si te movieras para esquivarlo antes incluso de que te alcanzara!”

El labio de Angharad se comprimió. Preguntar por contratos era de mala educación y, en honor a la guardiana, tosió avergonzada. Tal vez llegaría un día en que las Pereduri se verían obligadas a hablar de su contrato con el Fisher, pero incluso entonces, pensaba, preferiría mantener en secreto la verdad y alegar que su don era una respuesta rápida. Mentir le causaba mala sensación, pero no le quedaba otra opción. Los contratos de adivinación estaban estrictamente prohibidos en el Reino de Malan, bajo el decreto de la Alta Reina que los castigaba con la muerte, y algún día Angharad tendría que regresar a su tierra para buscar venganza. Sin embargo, la confidencialidad debía mantenerse, por muy deshonroso que fuera guardar ese secreto.

Fue su interlocutor quien la salvó de tener que responder, pues llegaron sus camaradas, los jóvenes con capas negras que se apartaron para darles privacidad. Brun de Sacromonte, el alma fuerte que había demostrado ser, se acercó mientras limpiaba su hacha de la sangre fresca. No había dudado en luchar. Song, con su largo cabello oscuro recogido en una trenza, llevaba su mosquete en la espalda. Estaba impecable, salvo por una mancha de grasa en la barbilla. Angharad no perdió tiempo en reconocer la verdad, ofreciéndole una profunda reverencia a la Tianxi.

“Te debo la vida,” dijo la Pereduri. “Estoy en deuda contigo.”

“Y todos estamos en deuda contigo,” replicó Song, sacudiendo la cabeza. “Si no hubieras aguantado contra el Santo hasta que llegó el Capitán Sfiso, habría más cadáveres en el suelo.”

Angharad no estuvo completamente de acuerdo, pues su vida había sido salvada en lo particular, mientras que ella solo había contribuido en sentido general, pero no quiso discutirlo. La honra de uno mismo reside en sus acciones, no en las opiniones de los demás. Recordaría la deuda y la saldaría, sin importar lo que pudiera decir Song.

“Aunque lo agradezco de corazón,” dijo Angharad, “Lamento que el capitán no haya llegado antes.”

Dejó flotar en el aire una pregunta no verbalizada, que Brun captó con facilidad. El Sacromontano sonrió.

“Yo pregunté lo mismo,” admitió. “Me dicen que el Capitán Sfiso llegó tan tarde porque estaba atendiendo el resto de los mánticos.”

La ceja de Angharad se alzó.

“Él tejió signos alrededor del buque, un círculo de viento que impidió que más de ellos subieran a bordo,” explicó Song. “Un espectáculo impresionante. Debe ser un miembro en buena standing de la Guilda del Aquelarre.”

Aunque la mayoría llamaba a esa sociedad la Guilda de los Navegantes, su verdadero nombre era el que había usado Song. Pero sus miembros, conocidos como Navegantes, eran en algunos aspectos los más renombrados de la Guardia, por lo que la denominación se había quedado.

“Él cambió el rumbo en cuanto apareció,” reconoció Angharad. “Los guardias no son con quienes se debe jugar.”

Aunque hubiera sido apropiado continuar con una charla casual, la noblewoman pronto se excusó. Sentía que le pesaba hasta los huesos y su capa estaba medio destruida. Bajando por la escalerilla, asintió hacia Celipa, quien le devolvió el gesto, antes de dirigirse al arsenal, donde el piloto de la nave atendía a los heridos más graves. Cerca de la puerta, Isabel tomaba aire, con un delantal de cuero manchado de sangre por su cargo ayudando al cirujano. La infanzona la vio venir y una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios.

“Escuché que causaste un revuelo en la planta superior,” dijo Isabel. “Felicidades, eso merece un reconocimiento.”

“Solo cumplí con mi deber,” respondió Angharad, debatiéndose entre mostrar algo de humildad o no.

Quizá no. La belleza de cabello oscuro parecía más inclinada a la audacia que a la modestia. Un suave toque en su brazo, cálido a través de la camisa sudada, la sacudió completamente del agotamiento.

“Has vuelto a arruinar tu capa,” se rió Isabel.

“Una víctima de la guerra,” contestó con solemne gravedad.

“Haré que mis damas la arreglen,” le dijo Isabel, una chispa de burla iluminando sus hermosos ojos verdes. “Aunque, si sigues haciéndolo con frecuencia, empezaré a sospechar que todo es una excusa para mantenerme cerca.”

“Por supuesto, únicamente para tu protección,” sonrió Angharad con escepticismo.

“¿Protección, hmm?” musitó Isabel. “¿Eso dicen en Peredur?”

El pulso de Angharad se aceleró. Era la primera vez que ambas reconocían su atracción, y que Isabel no parecía molesta en lo más mínimo — ¡hasta lo había mencionado! — parecía una señal prometedora. Carraspeó.

“Como noble, mi deber es transmitir nuestras costumbres a quienes las deseen aprender,” respondió con fluidez. “Sería un placer para mí ofrecer... lecciones.”

Los labios de Isabel se contrajeron ligeramente.

“Lo pensaré,” replicó con aire despreocupado.

Su momento quedó interrumpido por un grito ahogado desde el arsenal, Isabel se estremeció por la intensidad del sonido.

“Debo volver con el doctor Balbir,” dijo, colocando su mano en el brazo de Angharad nuevamente. “Que estés bien.”

Fue un esfuerzo no inclinarse hacia ese contacto, pero la noble mujer se dominó y le devolvió una reverencia digna. Observó cómo Isabel desaparecía tras el umbral, sintiéndose ida como una joven. ¿Cuánto hacía que no se sentía tan atraída por otra persona? Demasiado tiempo. La constante persecución de asesinos le había robado la alegría de vivir y solo podía considerarse una victoria recuperar siquiera una pequeña parte de ella. En un exceso de ímpetu, muy alejado de su intención original de encontrar un rincón donde dormir, Angharad recorrió todo el tramo inferior del barco. Los hermanos Cerdan estaban sentados en una esquina, de manera deliberada solos, acompañados solo por su lacayo, pero Lady Ferranda conversaba con un par de someshwari.

Angharad se unió a ellos para una breve charla, intercambiando presentaciones y cumplidos. El hombre del dúo, de figura algo redondeada y sin mucho músculo, se llamaba Ishaan y era de noble cuna. La otra, de estatura baja y firme, se llamaba Shalini. Ambos se conocían desde niños.

“Nos conocemos desde que éramos pequeños,” dijo Shalini, sonriendo como quien no tiene dificultad para hacerlo y suele hacerlo con frecuencia. “No podía dejarlo partir solo hacia la aventura.”

“Ella es mucho mejor tiradora,” admitió Ishaan. “Había muchos que valoraban su talento en su tierra natal.”

Parecía, pensó Angharad, que él se sentía algo culpable por ello.

"Servir a un antiguo y polvoriento raj como ejemplo de campeón o acompañarte a la Guardia," dijo Shalini con los ojos en blanco. "Qué difícil elección, Isha."

Angharad intercambió una mirada con Lady Ferranda, ambas divertidas por la evidente ternura entre las dos. Bromear con ellas habría sido una manera agradable de pasar el tiempo, pero la Pereduri avistó a dos hombres towering sobre otro en la cubierta y frunció el ceño. Dos Aztlán, uno un gran oso con la nariz rota y el otro el elegante lanzador de lanzas que había visto desde arriba, se encontraban a los lados de un hombre de cabello oscuro junto a un tipo de armario.

¿Aprovecharían la distracción de la Guardia para romper el trato hospitalario? Sin perder tiempo, Angharad se excusó con las demás y caminó de prisa hacia ellos. Los tres se volvieron hacia ella.

"Buenas tardes," dijo la noble de manera seca. "¿Acaso hay algún problema?"

El gran hombre le lanzó una mirada de desprecio.

"Que te jodan, Malani," dijo. "Solo estábamos—"

"Sea cortés con nuestro amigo aquí, Ocotlán," interrumpió el otro Aztlán. "Buenas tardes, Lady Tredegar."

"Y usted también," respondió Angharad a regañadientes.

Al grande hombre no le agradó que lo interrumpieran, pero no discutió. Se puso de pie, pensó Angharad, como si estuviera alerta por su joven compañero.

"Tupoc Xical," se presentó el Aztlán de ojos pálidos, extendiendo la mano. "Antiguo miembro de la Sociedad del Jaguaréte."

Ella le estrechó la mano, con buenos modales, aunque sus ojos buscaron al hombre de cabello oscuro. Tenía un aspecto Sacromontano, con su cabello suelto y oscuro, la piel bronceada y unos profundos ojos grises. Además, lucía desaliñado y claramente de origen humilde. Él la miró con curiosidad leve y nada más.

"Tristán," se presentó él. "Un placer, mi señora."

"Compartido," respondió Angharad, de manera más educada que sincera. "¿Entiendo que no hay discusión entre ustedes, caballeros?"

"En absoluto," sonrió Tupoc. "Solo estaba hablando de un libro con Tristán. Parece que compartimos el interés por las Tarifas de Alvareno."

"¿De verdad?" insistió Angharad, con sospecha.

Había algo familiar en la manera cortés del Aztlán.

"El maestro Tupoc solicitaba medicinas para un amigo," agregó Tristán. "Es un placer ayudar a esas valientes almas que combatieron arriba."

Persistía la sospecha, pero el Sacromontano parecía estar hablando con honestidad. El hombre de cabello oscuro se arrodilló para abrir su armario, revelando un tipo de caja de medicina intrincada. Sacó dos pequeños frascos, uno medio lleno y otro vacío, y palmeó una jeringa gorda, comenzando a extraer del frasco lleno.

"Deberás diluirlo con agua," le indicó a Tupoc, "de lo contrario, tu amigo Leander caerá en un estado de sopor. Mejor con dos medidas, preferiblemente."

El Aztlán asintió.

"Leander peleó con nosotros antes," le dijo el hombre de ojos pálidos a Angharad. "Su brazo fue herido cuando su Signo fue roto por el Santo."

Galatas, dedujo Angharad, debía ser el apellido del menudo hombre.

"¿No está bajo cuidado del doctor?" preguntó, con sorpresa.

"El doctor no nos seguirá en la isla, Malani," gruñó el gran hombre. "¿Crees que el brazo va a volver a crecer?"

El Aztlán la miraba con una expresión desagradable, pero tenía razón.

"El muñón será atendido y limpiado, pero algo se necesitará para aliviar el dolor durante nuestro recorrido por la isla," dijo Tupoc. "Gracias, Tristán."

El hombre de ojos grises sonrió con amplitud y alegría. Qué alma tan bondadosa, pensó Angharad. Debe ser aprendiz de un médico, para encontrar tanta dicha ayudando a los demás. Además, parecía meticuloso en cada gesto, como si midiera cada movimiento con precisión.

"El honor es mío, Maestro Tupoc," respondió el Sacromontano, luego se levantó.

Sus ropas, aunque limpias, estaban raídas. La punta de su camisa llevaba manchas de ichor, un suspiro que revelaba que no había sido indefenso en la pelea.

"Debería ir a ver si las existencias del cirujano están bajando en algo," dijo Tristan. "Con tantos heridos, es una posibilidad bastante concreta."

"Elogiable," replicó Angharad, impresionada.

"En efecto," coincidió Tupoc con una sonrisa.

El hombre de ojos grises se despidió, llevando consigo su botiquín, mientras las miradas de Angharad se dirigían a la pareja de Aztlanes que aún permanecía. Como había sospechado, todavía tenían asuntos pendientes con ella. Al menos uno de ellos. La gran figura con la nariz rota y los tatuajes llamativos, ella lo desestimó, porque por mucho músculo que tuviera, no podría ocultar que vivía con miedo a Tupoc Xical. Después de observarlo más detenidamente, ella se dio cuenta de que ese hombre parecía de alguna manera... inusual. Su piel era perfecta, sin una sola

imperfección, su rostro y extremidades estaban en proporciones armoniosas. Era como si un artista Tianxi hubiese dibujado un hombre y no un ser nacido del vientre de una mujer. Sin embargo, lo que más la inquietaba eran sus ojos, pálidos y profundamente inquietantes.

“Estoy impresionado,” dijo Tupoc claramente, “por cómo enfrentaste a la Santa.”

“No habría podido derrotarla sin ayuda,” respondió Angharad.

“Y la mayoría en esta nave tampoco podría, con capuchas negras o sin ellas,” afirmó Tupoc. “Eso no importa. La pelea me sirvió para medirme, Lady Tredegar, y estoy satisfecho con lo que vi.”

La noblewoman no sonrió, no le agradeció ni respondió nada. Ahora recordaba por qué el carácter afable de Tupoc le resultaba familiar. Conoció a una doncella, en el pasado, cuyo padre era un señor de la corte bajo la tutela de la Alta Reina. Él siempre había sido sonriente, cortés y lleno de gracia, la única ocasión en que Angharad lo había encontrado, y sin embargo, de alguna manera, sabía que esa sonrisa no vacilaría jamás, incluso si tuviera que ordenar la muerte de todos en la sala. Tupoc era igual, evaluando a los que le rodeaban por su utilidad y descartando a los que no. Ojos fríos, sangre fría, pensó Angharad. Reconocía a una serpiente cuando la veía, y Tupoc Xical solo estaba esperando el momento para morder.

“Me he estado reuniendo con compañeros para los juicios,” explicó el Aztlán impaciente ante su silencio. “Leander luchó en parte para demostrar que merece estar en esta compañía, la cual deseo sin cargas innecesarias. Me encantaría que te unieras a nosotros, Lady Tredegar.”

“Gracias,” respondió Angharad, “pero ya he encontrado aliados.”

“Los infanzones ya han perdido a uno de sus leales caballeros,” le dijo Tupoc, “y seguramente los juicios serán más peligrosos de lo que imaginan. Te ruego reconsideres.”

Angharad le encaró con sus pálidos ojos, con el rostro en una expresión indescifrable. Recordó el sonido que hizo su espada cerca del muelle, cuando abrió la garganta del caballero de capa roja. La muerte, el húmedo y mortal gorgoteo que escapó de sus labios. Sintió esa muerte en su mente y, luego, sonrió.

“Gracias,” repitió Angharad con tranquilidad, “pero ya he encontrado aliados.”

Tupoc retrocedió medio paso, conteniéndose. La amabilidad en su rostro se desvaneció como maquillaje barato en transpiración, y la examinó detenidamente.

“Lamentable,” dijo Tupoc Xical al fin. “No haré esta oferta otra vez.”

Inclinó suavemente la cabeza en señal de respeto.

“Nos encontraremos de nuevo, Lady Tredegar.”

“De eso, estoy segura,” respondió Angharad en voz baja.

Observó cómo la pareja se alejaba y, cuando el agotamiento volvió a apoderarse de ella, decidió que tendría que buscar un lugar con la espalda apoyada en la pared para dormir. Sentía que allí, de no hacerlo, quizás brotaría un cuchillo.

--

La última etapa del viaje a la isla de Vieja Perdida, también conocida como el Dominio de las Cosas Perdidas, no fue reposada.

La tripulación de la Vigilante despejó los últimos maticos ocultos en la bodega antes de realizar reparaciones rápidas y volver a izar las velas. La Bluebell cojeaba por donde antes galopaba, pero el capitán les aseguró que solo serían unas horas de diferencia y que no se verían significativamente obstaculizados en su travesía hacia las pruebas. Angharad compartió sus dudas respecto a Tupoc Xical con sus compañeros nobles y descubrió que incluso los hermanos Cerdan las tomaban en serio, quienes, tras los enfrentamientos recientes, habían comenzado a mostrar más interés en ella. No ignoraban que su reputación había decaído tras los sucesos, y aunque procuraban mantener la cortesía, en ocasiones su intención cortés se desvanecía, dejando entrever su carácter áspero.

Los infanzones buscaron aliados propios, entre los cuales Angharad se alegró de contar con Tristan. Un médico, aunque mediocre, sería de enorme ayuda en la isla. Ella misma apenas disponía de tiempo para sí misma; sus acciones contra el Santo le habían otorgado cierta notoriedad, y su compañía era muy solicitada. Esto parecía agrandar a Isabel, quien a menudo se sentaba con ella mientras entretenía a otros pasajeros y caminaban juntas por la cubierta. Al final, un vigía se acercó a ellas, informándolas que pronto verían en el horizonte el Dominion.

—Debo atender mis asuntos, entonces—musitó Isabel—. Angharad?

—Procede—respondió ella—. Quiero echar un vistazo a esta isla antes de que toquemos tierra.

—Qué pronto me dejas—hizo gracia Isabel, aunque no era más que una broma.

La Pereduri se apoyó en la barandilla, su abrigo reparado haciendo que el viento frío solo fuera una sensación agradable, mientras aguardaba. Sin embargo, su soledad no duró mucho, pues otra pasajera se acercó a ella. Otra mujer, de Aztlán, quizás no mayor de veinte años. Bonita, pensó Angharad, con labios llenos y ojos oscuros.

—Debes ser la mujer del momento—sonrió la otra, ofreciéndole la mano—. Soy Yaretzi.

—Lady Angharad Tredegar—respondió ella, aceptando la mano.

El apretón de la otra mujer era firme y duradero.

—No pude resistirme a presentarme, después de haber oído tanto acerca de tu valentía contra el Santo—dijo Yaretzi.

La charla que siguió fue ligera y amena. Angharad nunca fue de menospreciar la admiración de una mujer hermosa, sobre todo una cuyos ojos la evaluaban con tanta franqueza, pero sabía que debía cortar aquello pronto. Colocar su gorra en otra persona que también estaba tomando las pruebas ya era algo arriesgado, pero entregarse a un flirteo con una segunda, eso podría traer problemas. Además, ¿y si Isabel lo veía y malinterpretaba? Mejor ponerle un punto final. Angharad estaba bastante segura, por la cercanía de Yarezi y sus ojos pestañeando con coquetería, que no estaba confundiendo amistad con interés.

—Me han dicho que pronto llegaremos al Dominio—rompió el silencio en la conversación—. Creo que sería prudente atender nuestros asuntos antes de arribar.

—Por supuesto—asintió Yarezi—. Hablaremos después, creo.

La mujer de Aztlán esbozó una sonrisa algo provocativa, inclinándose ligeramente en una reverencia.

—Si las circunstancias lo permiten—respondió Angharad con tono suave.

Su soledad le fue devuelta justo a tiempo, pues fue momentos después cuando avistó por primera vez el Dominio de las Cosas Perdidas. La isla era sorprendentemente vasta, y aunque su opaca silueta oscura apenas era tocada por la escasa luz —puntitos que debían ser la fortaleza de los Vigilantes y los muelles—, pudo distinguir su perfil. Tierras bajas que ascendían hasta unas cuantas montañas delgadas, espesos bosques asomando en los lados. ¿Cuánto tardaría en atravesarla de un extremo a otro? Al menos una semana, pensó. Más intrigantes eran los ángulos agudos que vislumbraba sobresaliendo de las llanuras y cumbres, estructuras humanas. Debía haber antiguas ruinas. Angharad permaneció en la cubierta, con la vista fija en la isla, hasta que la Bluebell estuvo lo suficientemente cerca para señalar los muelles con linternas. Su destino la esperaba en esas costas y no pensaba fallar en encontrarse con él.

--

El hedor impregnaba pesadamente en el viento.

Antes siquiera de atracar, antes de que lanzaran las amarras y aseguraran el bergantín en ese puerto destrozado, Angharad ya sabía qué olía. Pero luchó contra ello con todas sus fuerzas, intentando someter el conocimiento para que desapareciera en alguna esquina oscura y no volviera a ser visto jamás. La primera cosa que vio al seguir a los demás hacia los muelles fue el incendio. Una docena de ellos, enormes y brillantes, ardían con intensidad. El humo era espeso y pegajoso, elevándose en columnas altas mientras los oscuros harapos alimentaban las llamas con troncos y carbón vegetal. Nadie se acercó a darles la bienvenida al salir, el grupo vacilando ante la ausencia y la tripulación de la Bluebell no ayudaba: estaban ocupados descargando Cajones, sin tiempo para ocuparse de esos asuntos.

“Deberían haber otros aquí,” frunció el ceño Augusto Cerdán. “Somos el segundo barco y el más pequeño. ¿La primera oleada ya partió y empezó el juicio?”

Lo han hecho, pensó Angharad. Dios dormido, lo han hecho. Conocía ese olor, el recuerdo suficiente para hacerle sudar la espalda mientras rememoraba los gritos. La fogata brillante de todo lo que amaba y que desaparecía en humo.

“Debemos preguntar,” dijo Isabel con firmeza.

Antes de que alguien pudiera protestar, ella avanzó enérgicamente, seguidora de sirvientas en su estela, y se acercó a un anciano barbudo vestido con un manto negro que removía carbón en una hoguera. Le sonrió dulcemente a la vigilante, haciendo una reverencia mientras le enviaba saludos. Divertido, el hombre con manto negro se detuvo en su tarea.

“El capitán vendrá a hablar contigo en un rato,” dijo. “No te preocupes por esas tontas cabecitas.”

“Eso es bueno de saber,” dijo Isabel. “Pero ¿puedo preguntar adónde fueron los que vinieron con el primer barco?”

El anciano con manto negro rio, y luego señaló su pala hacia el llameo de fuegos.

“Los estás mirando, muchacha.”

Y finalmente Angharad enfrentó el horror en sus ojos. Permitted que su mirada vagara entre las llamas, donde distinguió extremidades, las formas retorcidas de cuerpos mutilados y hechos añicos. Le pareció escuchar, en un susurro lejano, el eco de gritos ya silenciados, mientras la sombra de Llanw Hall ardía en el viento.

“Es un año malo,” encogió de hombros el hombre con manto negro. “Todos murieron en el primer día.”